



**21 DE FEBRERO DE 2019**  
Museo Artium de Vitoria-Gasteiz

**INTERVENCIÓN DE SARA BUESA**  
VICEPRESIDENTA DE LA  
FUNDACIÓN FERNANDO BUESA BLANCO FUNDAZIOA

Nació en Bilbao. Amante de su tierra, nunca quiso dejar el País Vasco. Educado en valores cristianos y humanistas, siempre tuvo una profunda inquietud social. La justicia, la igualdad de oportunidades, la solidaridad, la distribución de la riqueza... eran cuestiones que le preocupaban y con las que se sentía fuertemente comprometido. Estudió derecho y ejerció como abogado durante muchos años.

En su juventud, en la época franquista, se implicó en la lucha por la libertad y la democracia, participando en huelgas estudiantiles, manifestaciones, reuniones clandestinas... Y posteriormente formando parte de las comunidades cristianas de base, lugar de encuentro de personas de muy diversa procedencia, ideología, nivel socio-económico y cultural, que se reunían para reflexionar y ver cómo llevar a la práctica los valores que compartían. Allí hizo amistades que le acompañarían toda la vida.

Cuando llegó la democracia y se inició la actividad pública de los partidos políticos, muchas de las personas que hasta entonces habían compartido juntas el camino se afiliaron a unos u otros partidos en función de su sintonía ideológica.



En su caso, tras un breve paso por la democracia cristiana, optó por el partido socialista, pues le parecía que era el que mejor encarnaba los valores en los que creía. Entendía la política como servicio público y su motivación principal era solucionar los problemas cotidianos de la gente.

Era muy perseverante. Defendía con tenacidad sus ideas. Al mismo tiempo, fue un gran tejedor de acuerdos, respetuoso con la diferencia. Sabía escuchar y trataba de comprender las razones ajenas. Optimista, pensaba que cualquier problema tenía solución, sólo había que trabajar para encontrarla.

Era confiado, creía en la bondad de la naturaleza humana. Fue un hombre de paz. Era una persona serena, respetuosa y educada. Tenía mucha curiosidad y una mente abierta a conocer personas y lugares nuevos.

Todos estos rasgos formaban parte de la identidad de aita. El conjunto de todos ellos hacía que fuera quien era, conformaban su personalidad, su alma.

Hubo un tiempo en el que ser o no nacionalista era sólo un aspecto más dentro de todos los que formaban parte de la identidad de cualquier ciudadano o ciudadana vasca.

Pero eso fue cambiando. Se comenzó a dar prioridad a ese sentimiento de pertenencia, nacionalista o no nacionalista, sobre todos los demás. De manera que terminó invadiendo la identidad entera y siendo el elemento principal en base al cual definir y clasificar a las personas.

En el momento en el que la identidad se reduce a una sola cosa la visión del mundo se ve sesgada y distorsionada. Cuando únicamente vemos en los otros una idea o característica dejamos de tener en cuenta la complejidad que hay en ellos. Mostrar al otro como una sola cosa, una y otra vez, supone estereotiparlo, alimenta los prejuicios y abre paso a una senda peligrosa en la que podemos llegar a tratarle con desprecio.

Si además nos reafirmamos en nuestra identidad personal en contraposición al otro en ese elemento central, se levanta una barrera que no permite el acercamiento, la comunicación y la empatía.



En Euskadi la cultura que soportó el terrorismo de ETA se basó en la construcción de una idea de una Euskal Herria formada por personas con un fuerte sentimiento de pertenencia nacionalista, euskaldunes, abertzales.

En base a esa construcción, se fue configurando un “nosotros” vasco cerrado, incapaz de integrar al otro, que determinaba quienes formaban parte nuclear de la comunidad vasca y quienes eran prescindibles o sobrantes, pues no encajaban ni aportaban valor en la construcción de esa Euskal Herria.

Se creó entonces una frontera: A un lado, “los nuestros”. Gudaris. Patriotas que afirmaban su identidad en un acto de valor y luchaban por una Euskal Herria libre. Al otro lado, los “otros”. Quienes no encajaban en el “nosotros” vasco fueron sentidos como una amenaza, estigmatizados, etiquetados como enemigos y convertidos en alguien a quien odiar y expulsar de la sociedad vasca.

Y así se llegó a recurrir a la violencia. ETA fue el instrumento, pero el caldo de cultivo que propició que ETA surgiera y se mantuviera durante tanto tiempo fue esa conceptualización cerrada, compacta y excluyente, que se impregnó en nuestros huesos.

Al principio, “los otros” fueron las fuerzas de seguridad “opresoras”, el ejército, algunos civiles acusados de ser enemigos del pueblo... Y la sociedad los sentía como algo ajeno. Hubo quienes se opusieron a la violencia, pero en general estas personas no eran tenidas en cuenta, no recibían empatía, apoyo social ni muestras de afecto. Por el contrario, el “algo habrá hecho” se oía con frecuencia.

Años más tarde, ETA con su estrategia de “socialización del sufrimiento” amplió el rango de quienes eran considerados enemigos, y por lo tanto objetivos. A medida que las víctimas de sus atentados comenzaron a ser jueces, periodistas, intelectuales, empresarios, políticos no nacionalistas (como aita) ... la sociedad vasca comenzó a reaccionar, muchas personas empezaron a sentirse interpeladas porque tenían a alguien cercano o conocido entre las víctimas.

La cultura del odio continuaba muy presente: la kale borroka las contramanifestaciones increpando a los ciudadanos y ciudadanas que se manifestaban pidiendo la paz...

Pero el hartazgo de la sociedad vasca era cada vez mayor. La ciudadanía empezó a darse cuenta de que aquellos “otros” que sufrían la persecución y eran víctimas de los atentados formaban parte del



“nosotros”, que la violencia política era inaceptable y que ETA no representaba al pueblo vasco.

Recuerdo las palabras del entonces diputado general de Gipuzkoa pocos meses después del asesinato de Aita cuando ETA asesinó a Jose Mari Korta: “ETA ha matado a un abertzale de verdad, a uno de los nuestros”. Esta frase, que surgió de forma espontánea desde la más profunda indignación y el dolor, fue demoledora, y es muy reveladora de esa construcción de un “nosotros” vasco en el que, de una forma más o menos consciente, no toda la ciudadanía era considerada parte de la comunidad vasca.

Ese esquema identitario de tribu y la cultura del descarte estuvieron muy arraigados. Recuerdo que siendo adolescente, en ese momento de búsqueda y construcción de identidad, yo me sentía encorsetada. Parecía que no había más opción que elegir entre afirmar a ultranza la identidad nacional vasca o perderla por completo, entre el integrismo y la desintegración.

¿Podía tener sentimientos de pertenencia mixtos?

¿Podía conectar con las reivindicaciones sociales, feministas, etc. del grupo de ikasle abertzaleak y al mismo tiempo espantarme con su defensa de la lucha armada y no secundar las huelgas que convocaban?

¿Podía escuchar música de grupos como Latzen o Itoiz, ir al Araba Euskaraz con mi cuadrilla y no ser abertzale?

Recuerdo en una ocasión, cuando ya habían matado a Aita y yo estaba preparando el EGA, una persona me dijo “¿Cómo puedes estudiar euskera después de lo que os ha pasado?” Y yo pensé “y qué tendrá que ver”.

¿Es acaso una lengua, una cultura, una tierra, propiedad exclusiva de unos? ¿Puede una ser una cosa y otra y varias cosas a la vez sin necesidad de que le juzguen y le encasillen en un cliché?

Necesitamos una nueva manera de entender la identidad que nos permita abrazar distintas versiones de nosotros mismos, tener libertad para ser y dirigir nuestra vida como queramos.

En palabras de Amin Maalouf: *“Una identidad que se perciba como la suma de todas nuestras pertenencias, y en cuyo seno la pertenencia a la comunidad humana adquiera cada vez más importancia hasta*



*convertirse en la principal, aunque sin anular por ello todas las demás particularidades”.*

Después de todo lo que hemos vivido, si queremos recuperar nuestros vínculos, es imprescindible construir una comunidad abierta e inclusiva, y eso pasa por incorporar al otro.

No es fácil. La existencia del otro siempre es una realidad incómoda, pues nos interpela, nos genera conflicto, nos confronta con nosotros mismos y nos hace plantearnos preguntas difíciles.

Mucho más en nuestro caso, en el que la fractura ha sido tan grande que partimos de una incompreensión total de la realidad del otro. Parece que unos y otros hubiéramos vivido en mundos distintos.

La deshumanización y la falta de empatía han sido tales que hay que empezar a reconstruir desde la base, partiendo del reconocimiento de la dignidad que todas las personas tenemos como seres humanos.

Todas las personas tenemos capacidad de sentir empatía, pero nuestra empatía está sesgada y se dirige al círculo de personas que sentimos que son parte de nuestra comunidad:

Si mi círculo de pertenencia está formado por las personas que se parecen a mí, que comparten mi ideología y mis valores, podré ser muy solidaria con ellas, pero mi capacidad de empatía será muy limitada, pues seré incapaz de preocuparme por quienes son diferentes y no comparten mis puntos de vista; me resultará difícil ponerme en su lugar, conmovirme con su sufrimiento o con las injusticias que puedan padecer.

Sin embargo, cuando siento que, más allá de nuestras diferencias, la humanidad en su conjunto es una sola familia, entonces todos somos “nosotros”, mi círculo se expande y puedo permitirme ver, sentir y tocar la realidad del otro. Puedo preguntarme: ¿cómo es, cómo se siente ser “el otro”? Puedo darme cuenta de que yo también puedo ser un “otro” para otras personas.

En las tribus bantúes africanas las personas se saludan diciéndose “te veo”. Decir “te veo” significa reconocer la singularidad del otro. Significa decir “mi humanidad está unida y vinculada a la tuya”, “te necesito para poder ser yo y tú me necesitas para poder ser tú”.



Ver el rostro humano del otro no supone fundirse con él, dejar de ser quienes somos, perder nuestra identidad o traicionar a los nuestros.

Entender que el otro tiene un punto de vista que necesitamos conocer si queremos transformar nuestra realidad no implica estar de acuerdo con él, ni tampoco perdonar, justificar e ignorar lo malo que ha hecho. Incluso quienes más daño me han hecho, las personas que asesinaron a Aita y Jorge, están dentro del círculo de la humanidad, son personas con un rostro.

Por otro lado, siento que muchas heridas no curadas, mucho dolor del que arrastramos, no van a sanar mientras el otro no nos mire y "nos vea".

Yo he vivido el duelo por la pérdida de Aita y he hecho mi propio proceso personal de superación, pero en el fondo de mi corazón hay clavada una espina, que me produce dolor cuando veo que hay personas que no fueron, ni son a día de hoy, capaces de ver en Aita, en Jorge, y en tantos otros, a los seres humanos únicos e irrepetibles que eran; que no fueron, ni son todavía, capaces de ponerse en nuestra piel y comprender el daño que nos hicieron.

Y aunque me resisto a reconocerlo, hay en mi interior un anhelo de "ser visto", de que esas personas reparen en mí, me miren a los ojos y conecten con mi dolor.

(se reparten varios imanes a cada una de las personas presentes en este acto)

¿Tenéis todos vuestro imán?

Quitadle por favor el plástico, sacadlo del envoltorio de invisibilidad que lo recubre.

Cogedlo en vuestras manos y observadlo: su color, su forma, su carácter flexible, sus brazos y sus piernas con capacidad de conectarse...

Ponedlo en la palma de la mano y levantadlo a la altura de vuestra mirada.

Decíamos que esta pequeña personita simboliza al otro.

Os invito a que traigáis a la mente a alguien que sea un "otro" para vosotros. Pensad en esa persona mientras mantenéis el imán en vuestra mano abierta e imaginad que la tenéis delante.



Podéis cerrar los ojos o mantenerlos abiertos.

- Esta persona es un ser humano tan complejo y polifacético como yo.
- Esta persona tiene una vida que va más allá de lo que yo conozco de ella. Ha pasado por distintas etapas y tiene una historia tan profunda como la mía, llena de esperanzas, sueños, miedos y dificultades.
- Tal como yo, esta persona tiene sus debilidades y sus fortalezas.
- Tal como yo, esta persona tiene capacidad de pensar y de sentir. Sabe lo que es estar triste, tener miedo o ansiedad. Y conoce también la alegría.
- Al igual que yo, esta persona desea contribuir y ser reconocida. Desea amar y ser amada. Es importante para alguien y tiene seres queridos por los que se preocupa.
- Al igual que yo, esta persona quiere ser feliz y evitar el sufrimiento.

Independientemente de las diferencias, todos los seres humanos compartimos necesidades y anhelos básicos.

Cuando esta conciencia de humanidad compartida entra en nuestro corazón, se crea un puente de empatía que nos conecta con los otros, como una especie de hilo invisible que vincula nuestros destinos.

El otro deja de ser un simple extraño para nosotros y se convierte en un compañero humano. Nos identificamos más fácilmente con él y comenzamos a dolernos con su dolor.

Comenzamos a desear para el otro, para cualquier persona, lo mismo que para nosotros.

Para todas las víctimas que han sufrido como yo la pérdida violenta de un ser querido, deseo:

- Que podamos liberarnos de nuestro sufrimiento y aligerar el peso de la carga que llevamos dentro. Ojalá podamos cambiar nuestro sufrimiento por luz.
- Que encontremos paz y podamos nutrirnos de amor y de alegría. El amor es infinitamente más poderoso que el sufrimiento.



- Que tengamos sabiduría y seamos capaces de traer una postura constructiva para afrontar las situaciones difíciles que nos ponen a prueba y nos hacen daño.

Ojalá quienes nos han herido y han herido a otras personas puedan liberarse del odio y la deshumanización que han generado tanto sufrimiento.

Ojalá todas las personas que están atrapadas en el miedo, el dolor, la oscuridad, la ira y el odio, puedan liberarse de ellos. Ojalá dejen de sufrir y no causen sufrimiento a otras personas.

Para quienes sois líderes y referentes, deseo que seáis capaces de actuar con el coraje moral necesario para mejorar el rostro humano de nuestra sociedad.

Para todas las personas que estamos en esta sala y fuera de ella:

Deseo que seamos capaces de adoptar el valor del "nosotros". Que consigamos trascender de nuestro mundo conocido y construyamos entre todos una comunidad vasca abierta e inclusiva, multicolor, de la que todas las personas formemos parte.

Lortuko ahal dugu "nireak" eta "besteak" bastertzea!

Lortuko ahal dugu empatia garatzea, elkarrekin harremanetan jarri eta denak "gu" garen euskal komunitate barneratzailea eraikitzeko!



@Fundacion\_Buesa

#InMemoriamXIX